

Al ir á embarcarse el venerable padre no faltó quien le dijera: "Padre presidente, ya se cumplió la profecía que vuestra reverencia nos echó cuando vino de Monterey, diciéndonos que cuanto antes acabásemos esta fragata, pues se había de volver en ella á aquel puerto: entonces nos reíamos, porque no se pensaba sino en quemarla para aprovechar el hierro, supuesto que se iba á despoblar el puerto; pero vemos ahora verificado su vaticinio y que se va en la fragata. Dios lleve á vuestra reverencia con bien y le dé feliz viaje." Sonrióse el siervo de Dios con su religiosa modestia, y procuró desvanecerle el pensamiento diciéndole: "Los grandes deseos que tenía de ver un grande barco que pudiese llevar mucho que comer para aquellos pobres, me hicieron pronunciar lo que dije; pero supuesto que ya Dios me los ha cumplido, démosle muchas gracias, y yo se las doy también á usted y á los demás que han trabajado con tanto afán en beneficio de los pobrecitos de Monterey."

Hízose á la vela la fragata el citado día 24 de enero, y aunque la navegación era en derechura para Monterey, un casual accidente los hizo arribar al puerto de San Diego el día 13 de marzo, que dió fondo en dicho puerto, habiendo sido la navegación de cuarenta y nueve días y con toda felicidad. Aunque el venerable padre deseaba vivamente llegar cuanto antes á su misión de San Carlos, no dejó de alegrarse de haber arribado á San Diego, por socorrer prontamente la de aquel puerto y la de San Gabriel, que se hallaban, como todas las demás, en gravísima necesidad, la que habiendo cesado desde el mismo día que llegó el barco, no se ha vuelto á experimentar mas, gracias á Dios. Dejó á la consideración del atento lector el júbilo y contento que tendría el venerable padre al ver á sus súbditos con salud y alegría en medio de tantos trabajos y necesidades que habían padecido, y se le aumentó el gozo cuando vió tan crecido el número de neófitos, á quienes regaló como á hijos, expresándole ellos el afecto que le profesaban, y mucho mas los padres, admirándose de verlo mas robusto y remozado que cuando se fué.

No obstante de que con mas comodidad podia subir á Monterey por mar con la misma fragata, eligió caminar las ciento y setenta leguas por tierra poblada de gentiles, solo por dar un estrecho abrazo á todos sus súbditos y visitar las misiones en que estaban repartidos, y darles asimismo las gracias de que no las hubiesen desamparado, sino antes bien permanecido constantes en medio de tantas escaseces que por tan largo tiempo los habían affigido; pero con el gusto que el venerable padre tuvo en cada misión al ver aumentado el número de cristianos, se le hizo muy ligero el viaje.

Tuvo también el gozo de encontrarse en el camino con el capitán de la Sonora D. Juan Bau-

tista de Anza, que bajaba de Monterey en cumplimiento del encargo del excelentísimo señor virey de abrir camino desde Sonora á Monterey, que ya queda expresado en el capítulo antecedente, y le comunicó á su reverencia cómo había cumplido el encargo de su excelencia, quedando descubierto el paso para la comunicación con las provincias de Sonora, causándole mucha alegría, aunque al referirle las necesidades con que nos había hallado en el citado Monterey, pues ni aun siquiera una tablilla de chocolate para que se desayunase habíamos tenido que regalarle, reduciéndose todo el alimento á sola leche y yerbas, sin pan ni otra ninguna cosa, se le saltaron las lágrimas, y procuró apresurar el paso para llegar cuanto antes con algun socorro, interior llegaba la fragata que había salido de San Diego el día 6 de abril, al mismo tiempo que el venerable padre, la cual arribó á Monterey el 9 de mayo, y su reverencia el día 11 del mismo, con cuyo motivo fué general la alegría y contento de todos por el socorro tan grande y favorables providencias que trajo para esta espiritual conquista, quedando de una vez desterrada la cruelísima hambre que se padecía en estas poblaciones; y teniendo ya entre nosotros á nuestro venerable prelado, que con su ejemplo y fervor nos encendía y animaba para trabajar con gusto en esta viña del Señor.

CAPITULO XXXVII.

SALE LA FRAGATA Á LA EXPEDICION DEL REGISTRO DE LA COSTA, Y ENVIA DOS PADRES MISIONEROS Á LA EXPEDICION; HÁCESE SEGUNDA PARA LO MISMO.

Queda ya insinuado en el capítulo XXXV los deseos que en el noble y religioso corazón de su excelencia engendraron las conversaciones del venerable padre sobre la conversión de los gentiles, que no contentándose con lo limitado de lo descubierto en Monterey, anhelaba se propagase la fe católica mucho mas allá, si se encontrase poblado; y para adquirir alguna noticia determinó que la fragata Santiago, al mando de su capitán D. Juan Perez, luego que hiciese en Monterey el desembarque de los víveres que conducía, saliese al registro de la costa hasta la altura que pudiese y le diera lugar la estación del tiempo, para estar de vuelta en Monterey por el equinoccio. Insinuó su excelencia al venerable padre los deseos que tenía de que fuese algun misionero á la citada expedición, confiado en la promesa que hizo Dios á nuestro santo padre san Francisco (que tenía muy presente y no olvidaba su excelencia desde que la oyó al venerable fray Junipero) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se convertirían á nuestra santa fe.

Para cumplir estos piadosos deseos y buena intención de su excelencia, envió á los dos mi-

sioneros fray Juan Crespi y fray Tomás de la Peña Saravia, que gustosos se sacrificaron á un viaje tan peligroso como era la navegación del registro de una costa no conocida ni mapeada, y de consiguiente en continuo peligro de dar en alguna isla en bajos ó farallones y perderse sin remedio; pero confiados en Dios por el santo fin á que se dirigía, tomada la bendición del prelado, se embarcaron el día 11 de junio del año de 1774, que se hizo á la vela la fragata, y el 27 de agosto estuvo de vuelta, dando fondo en Monterey, sin mas novedad que traer algunos de la tripulación accidentados de escorbuto.

Con este registro se consiguió en parte el deseo de su excelencia, pues subió la fragata la altura de 55 grados del Norte, en que hallaron una isla de tierra que se interna mucho á la mar, á la cual nombraron de Santa Margarita por haberse descubierto en el día de esta santa, y desde dicha isla bajando hasta Monterey, registraron toda la costa, que hallaron limpia y con bastantes fondeaderos. Advertieron que estaba toda poblada de gentilidad, aunque no saltaron á tierra, pues una vez que lo intentaron con el fin de enarbolar en ella el estandarte de la santa cruz, que tanto deseaba y encargaba su excelencia, no lo pudieron conseguir por haberse levantado un viento tan contrario y recio, que estuvo á peligro de perderse la lancha con los marineros.

Aunque como queda dicho no desembarcaron en tierra, pero lograron en muchas partes tratar con los gentiles de la costa, que con sus canoas de madera, bien formadas y bastantemente grandes, capaces de cargar crecido número de gente, se arrimaban á la fragata y subían á bordo á hacer cambalaches de bateitas de madera, bien labradas y buriladas; mantas bien tejidas de pelo, como lana, listadas de varios colores, muy vistosas, y petates ó estereras de cortezas de árbol de varios colores, tejidas como si fuesen de palma, como también sombreros de dicha materia de forma piramidal y de ala angosta, por pedazos de hierro, á que los vieron muy inclinados, como también con avalorios y otras chucherías.

Son indios afables, de buen talle y de buenos colores, andan cubiertos con cueros de animales y con mantas de las citadas, y algunos totalmente desnudos. Las mujeres honestamente cubiertas; son de buenos colores y bien parecidas, aunque las afea mucho el tener todas, aun las chiquitas, taladrado el labio inferior, del cual les cuelga una tablita, que con facilidad y con solo el movimiento del labio la levantan, tapando la boca y la nariz. Todas estas noticias escribieron á su excelencia, remitiéndole el venerable padre presidente el diario que formaron los padres, el cual remitió á la corte con mucha complacencia aquel señor excelentísimo.

EXPEDICION SEGUNDA.

No llenando aun todavía esto el espacioso cam-

po de los deseos de su excelencia, dispuso se hiciese segunda expedición, á fin de que se subiese á mayor altura y que se procurase registrar si se hallaba algun puerto, para que en él, en señal de posesión de nuestro católico monarca, se pudiese el estandarte de la santa cruz; y para conseguirlo á satisfacción de sus deseos, determinó fuese á mas de la fragata una goleta, para que facilitase el registro. Nombró para comandante de la expedición y capitán de la fragata á don Bruno de Ezeta, teniente de navío de la real armada, y de su segundo á don Juan Perez, como que era tan práctico, y la goleta la encomendó á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos religiosos sacerdotes para ir á esta expedición, y fueron nombrados los padres fray Miguel de la Campa y fray Benito Sierra.

Salió la expedición del puerto de San Blas á mediados de marzo del año de 1775, experimentando al principio contrarios los vientos y corrientes, que la bajaron hasta el grado de 17, en cuya altura se hallaba el día 10 de abril; pero mejorando el viento al siguiente 11, empezaron á subir y el 9 de junio se hallaron en la altura de 41 grados y 6 minutos. Se arrimaron á tierra para hacer aguada, y encontraron un razonable puerto, que tenía su resguardo para algunas embarcaciones. Saltaron á tierra, donde hallaron á los gentiles de las rancherías inmediatas muy amigos y afables, y el día 11 de dicho mes se tomó posesión solemne con misa cantada y sermón, después de haber enarbolorado una grande cruz; concluyendo la fiesta con el himno de *Te Deum laudamus*; y por ser el día siguiente la Santísima Trinidad, se puso al puerto este inefable nombre. Hicieron su aguada y loña, ayudados de aquellos naturales gentiles, á quienes regalaron y dieron de comer en los ocho días que permanecieron allí, y después salieron siguiendo el registro á vista de la tierra.

El día 13 de julio, estando en la altura de 47 grados y 23 minutos, encontraron una grande y hermosa rada donde dieron fondo, y el día siguiente fué la lancha con el comandante y uno de los padres á tierra y fijaron otra cruz en la playa, no pudiendo hacer con la mayor solemnidad la función por impedirlo la marejada y resaca. Salieron de allí siguiendo su viaje para la altura de los dos barcos en conserva hasta el día 30 del citado julio, en que desapareció la goleta, y no la volvieron á ver hasta octubre en Monterey, que era el puerto y punto de reunión.

Viendo el comandante que la goleta no parecía, entró en cuidado de si se habría perdido ó vuelto atrás; pero no obstante, la fragata subió hasta los 49 grados y medio, adonde llegó el día 11 de agosto; y mirando que la mayor parte de la tripulación estaba accidentada de escorbuto, hizo junta de oficiales y se determinó bajar costeando en busca de la goleta y registrar los tra-

mos que á la subida no habian visto. Así lo practicaron y llegaron á Monterey el 29 de agosto, con la mayor parte de los marineros enfermos, aunque con el refresco que tomaron sanaron todos.

La goleta, que el día 30 se halló sin la comandante, siguió costa á costa, presumiendo que habia adelantado; y no pudiendo encontrarla, subió hasta el grado 58, y halló en esta altura un gran puerto, bueno y seguro, que desde luego llamaron de Nuestra Señora de los Remedios, del que tomaron posesion, y dejaron enarbolada en él una santa cruz, fijándola á vista de una rancharía de gentiles que estaba cerca de la playa; hicieron agua y leña y salieron de dicho puerto de Nuestra Señora de los Remedios.

Aunque forcejaron para subir á mas altura, no pudieron por los vientos contrarios y las corrientes, que en breve los bajaron á los 55 grados, poco mas arriba de la Punta de Santa Margarita, último término de la primera expedicion. Arrimáronse á tierra y hallaron un estrecho de como dos leguas de una punta á otra, y á la medianía una isla que llamaron de San Carlos. Vieron que dentro internaba mucho la mar, que les hacia horizonte, y les pareció que si en la realidad hay paso del mar del Norte á este Pacifico, que con tanto empeño se buscaba por los ingleses, en ninguna parte mejor que en esta puede estar. En cuya atencion y á contemplacion del señor virey que los envió, nombraronle el Paso de Bucareli, que se halla en la altura de 55 grados cabales. Arrimáronse á una de las dos puntas y saltaron á tierra, y tomaron de ella posesion dejando enarbolada una grande cruz. Salieron del dicho Paso de Bucareli y fueron bajando arrimados siempre á la costa, mapeándola para formar sus cartas.

En 3 de octubre, vigilia de nuestro seráfico padre san Francisco, se hallaron cerca de la punta de Reyes, cuatro leguas mas al Norte, en donde hallaron un puerto y en él dieron fondo, y les pareció que á la entrada tenia barra. En cuanto dieron fondo se juntaron en la playa mas de doscientos gentiles de todas edades y sexos, todos muy contentos y placenteros, que de noche hicieron sus lumbradas. El día siguiente, fiesta de nuestro padre San Francisco, se vió la goleta en evidente peligro de perderse, por haberse levantado una gran marejada que les metió muy adentro y les llevó la lanchita ó bote y lo hizo pedazos. Recelosos no sucediese lo propio con la goleta, levantaron la ancla, y dejándolo con el nombre de la Bodega, salieron de él y navegaron para Monterey, en donde dieron fondo el 7 de octubre, hallando fondeados en él la fragata, que no habian visto desde la noche del 29 de julio, y al paquebot San Carlos, que habia vuelto del registro que hizo de este puerto de nuestro padre San Francisco.

A los ocho dias de llegada la goleta fueron todos, desde el capitán hasta el último grumete, á

la mision de San Carlos á cumplir la promesa de confesar y comulgar en una misa cantada á nuestra Señora de Belen, que se venera en la iglesia de dicha mision, que pidió el capitán se cantase en accion de gracias por el feliz éxito de la expedicion, de la que dieron cuenta los señores marítimos al excelentísimo señor virey, y el reverendo padre presidente le escribió los parabienes, y le respondió con las expresiones que se verán en su carta, de la que es copia la siguiente que tengo á la vista su original.

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

“Los nuevos descubrimientos hechos por los buques del rey en esas costas, son el objeto de la carta de vuestra reverencia de 12 de octubre del año próximo pasado de 1775, y por ellos y por el honor que me resulta, me da vuestra reverencia una enhorabuena que recibo con gusto, siendo tambien vuestra reverencia acreedor á gracias por la disposicion dada para que celebraran ahí estas felicidades con la solemnidad de que es capaz eso en el día; y tengo la satisfaccion de que el celo de vuestra reverencia y el de los demás padres ha de ser el mejor apoyo de la extension del Evangelio, á que se dirigen las piadosas intenciones de su majestad. Dios guarde vuestra reverencia muchos años. Méjico, 20 de enero de 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Serra.”

CAPITULO XXXVIII.

EXPEDICION TERCERA PARA EL MISMO REGISTRO DE LA COSTA.

No quedó el fervoroso corazón de su excelencia sosegado ni satisfecho con las expediciones dichas, y proyectó la tercera con mas empeño y mayores prevenciones; y aunque esta no se hizo hasta el año de 79, me ha parecido adelantar la noticia de ella y de las antecedentes para quedar después mas desembarazado para seguir la relacion histórica de estos establecimientos y de las tareas apostólicas de mi venerable padre lector y presidente fray Junípero Serra.

En cuanto el excelentísimo señor Bucareli recibió la noticia con los diarios de la segunda expedicion, intentó con mas fervor repetir tercer registro, dando cuenta á la corte de lo descubierto y de la resolucion en que se hallaba. Interin venia la respuesta mandó construir una fragata al propósito para dicha expedicion, y envió al reino del Perú á un teniente de navío y á un piloto graduado de alférez para que en el puerto de Callao comprasen una fragata de cuenta del rey y la condujesen al puerto de San Blas: así se ejecutó todo, y viéndose con la aprobacion real y orden de su majestad, se hiciese tercera expe-

dicion á fin de descubrir el paso para la mar del Norte.

Mandó luego su excelencia aprontar las dos fragatas, la nueva, llamada la Princesa, de comandante, y la limeña nombrada la Favorita, y que se les pusiese todo lo que se juzgase necesario y conveniente para el viaje de un año. Mandó asimismo proveerlas de tropa y marina para lo que se ofreciese. Nombró de comandante al teniente de navío don Ignacio Arteaga, y de subalternos otros dos tenientes y dos alféreces de marina y pilotos correspondientes. Pidió su excelencia á nuestro colegio dos misioneros para ir á la expedicion, que fueron los padres fray Juan Antonio Riobó y fray Matías Noriega. Salieron dichas fragatas del puerto de San Blas el día 12 de febrero de 1779, y llevaron su práctico por haber muerto de muerte natural don Juan Perez en el mar, entre Monterey y San Blas, de regreso del viaje de la segunda expedicion.

Salieron con la orden de ir en conserva y de no apartarse sino por grande necesidad, y en tal caso señalasen punto de union, como lo hicieron señalando el Paso de Bucareli, á los 55 grados, para donde navegaron prósperamente y llegaron á él día 3 de mayo, entraron á adentro y hallaron un grande archipiélago ó mar mediterráneo poblado de muchas islas. Mantuviéronse en él hasta el 1º de julio, gastando cuasi dos meses en el registro, y hallaron en él trece puertos á cual mejor y capaces para poder estar en cada uno una armada. No pudieron cerciorarse si por dentro se comunica por algun brazo con el mar del Norte, porque no hallaron por dicho rumbo término, y para poder hacer perfectamente este registro era necesario una expedicion que no tuviese otra atencion, como tenian, de subir al registro de cuanta altura pudiesen.

No obstante, en el tiempo que estuvieron en este archipiélago, levantaron plan y formaron sus mapas de cuanto habian registrado, fondeado y visto. Trataron con muchas naciones de gentiles que pueblan las islas y playas de tierra firme: son los indios corpulentos, bien formados y de buenos colores; tienen sus lanchas de madera, bien grandes, con las que navegan aquel mar y pescan. Consiguieron el comprarles tres muchachos y dos muchachas, que todos lograron el bautismo, como diré después. Concluido el registro de dicho puerto de puertos, que llamaron de Bucareli, á contemplacion del señor virey, salieron el 1º de julio para registrar la costa de la altura.

El día 1.º de agosto se hallaron en la altura de 60º: un mes cabal tardaron para adelantar solo 5º, y no fué por falta de buen tiempo, sino por lo mucho que declina la costa al Noroeste. Hallaron en dicha altura un grande puerto y con todas las conveniencias que se puedan desear de seguridad de los vientos, de leña, lastre y agua, y muy abundante de pescado sano y muy sabroso, fá-

cil de coger, de que hicieron grande prevencion y salaron bastante para el viaje. Salieron á tierra y tomaron posesion de ella y del puerto, que nombraron de Santiago. Fijaron en un alto una grande cruz, que la subieron en procesion cantando el himno *Vexilla Regis, etc.*

Habiendo reparado el comandante que este puerto tenia un brazo de mar que se interna mucho hacia el Norte, mandó se dispusiese una lancha armada en guerra, con un oficial y piloto y con tropa para que se registrase. Hízose así, y habiendo navegado hacia al Norte algunos dias, vieron venir á ellos dos lanchones grandes llenos de gentiles, que cada uno de ellos traia mas gente que la de los nuestros. Manifestáronse de paz, regalando á los nuestros con pescado y otras cosas de las suyas, y los nuestros correspondieron con avalorios, espejos y otras chucherías que estimaron mucho, y despidiéndose siguieron su viaje.

El oficial y piloto que iba en la lancha de los nuestros, viendo esto y que habiéndose internado tanto que ya se hallaba en mayor altura que el puerto en que estaban fondeadas las fragatas y que no se veia el término de dicho mar sino que se le hacia horizonte, no se atrevió á entrar mas adentro, receloso de lo que podia encontrar, sino que le pareció conveniente volver atrás y dar cuenta al señor comandante de lo que habia visto, como lo practicó.

Mientras estaba en dicho registro la lancha, trataron y comunicaron los de las fragatas con muchos gentiles, que con sus lanchas y canoas de varias figuras se les arrimaban y subian á bordo, los que procuraron regalar con comida y avalorios y correspondian ellos con pescado y algunas cosas de las suyas. Entre los muchos gentiles que fueron á bordo, repararon en uno que al parecer se distinguia entre los otros: advirtieron en él que no le causaba admiracion el ver la fragata como si estuviera hecho á ver barcos tan grandes. Preguntáronle si habia visto otra vez barcos grandes, y respondió por señas que sí, y señalando á un cerro alto que estaba apartado de la playa, dió á entender que detrás de aquel cerro habia muchos barcos. Por lo que sospecharon muchos que por allí estaria la factoría de los rusos que dicen tienen estos por aquella altura. Confirmábase en esto por tener á la vista el volcán llamado por los rusos de San Elías, y aun eran muchos de sentir que aquel gentil, á quien no habia causado admiracion la vista de las fragatas, podria ser algun ruso en traje de indio enviado á registrar y observar.

Llegada la lancha del registro esperaban todos que mandaria el comandante entrasen las dos fragatas á registrar aquel brazo de mar; pero fué lo contrario, dando orden de que se siguiese el registro por la costa á la vista de tierra. Así lo practicaron, y en breve observaron que ya bajaban de altura y que la costa declinaba al Sur.

Hallándose en la altura de 59 grados mas bajo

que el puerto de Santiago, les sobrevino una tempestad de agua y neblina muy espesa que nada veían, sin saber cómo se hallaban; pusieron los barcos á la capa y así se mantuvieron por el espacio de veinticinco horas, que abrió un poco para que pudiesen ver el peligro en que se hallaban. Viéronse por todos lados cercados de islas, metidos en un archipiélago, y conociendo el evidente peligro en que se hallaban, mandó el comandante, que era muy devoto de nuestra Señora de Regla, que subiesen la imagen de nuestra Señora sobre el alcázar y que se le cantase la Salve: así se hizo con viva fe y esperanza en el patrocinio de nuestra Señora, y se logró abriese mas la neblina y que se divisase una gran bahía pegada á una isla, y mandó el comandante que arrimados á ella se diese fondo, como se logró con toda felicidad y se libraron del evidente peligro en que estaban. Registraron la bahía, que nombraron de Nuestra Señora de Regla, y hallaron varios fondeaderos. Saltaron á tierra y tomaron posesion de ella con las mismas ceremonias que queda dicho del puerto de Santiago. En este paraje no trataron con gentiles ni los vieron; solo á lo lejos divisaron lumbradas.

Viendo el señor comandante que eran ya muchos los enfermos, la estacion avanzada y que estaba cerca el equinoccio, no quiso se pasase adelante el registro, sino que dió por concluida la expedicion, dando orden á los pilotos para navegar á alguno de los puertos de estos establecimientos, á fin de curar los enfermos y resguardarse del equinoccio. Practicáronlo así y entraron á este puerto de nuestro padre San Francisco el 14 y 15 de setiembre, en el que se mantuvieron hasta últimos de octubre. Celebraron en esta mision la fiesta de gracias con misa cantada y sermón á nuestra Señora de los Remedios, cuya imagen, en lámina de bronce, grande, de buen pincel, tocada á la original de Méjico, adornada con su grande marco de plata de martillo y con su cristal, puesta en su nicho de cedro, regaló á esta iglesia don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, capitán de la fragata limeña nombrada Nuestra Señora de los Remedios, alias la Favorita, la que se colocó en el altar mayor, haciéndole la fiesta el día 3 de octubre, con misa cantada y sermón, y el siguiente día con la misma solemnidad y asistencia de toda la gente, celebramos la fiesta de nuestro padre san Francisco, patrono de la mision y del puerto, tambien con misa, sermón y procesion.

En el tiempo de mes y medio que se mantuvieron en este puerto, se curaron y sanaron todos los enfermos, y los señores pilotos dibujaron sus mapas de toda la costa y sus puertos. Tuve el gusto de bautizar á tres de los gentiles muchachos que ya dije consiguieron en el puerto de Bucareli; y los dos por mas grandecitos que necesitaban de instruccion y no entendian todavía la lengua, los reservaron para después de llegados á San Blas. Cuando ya se disponian para salir de

este puerto para San Blas, llegó correo de tierra desde la antigua California con la funesta noticia de la muerte del excelentísimo señor virey frey don Antonio Bucareli, que fué para todos de mucha tristeza, para nosotros por haber perdido tan grande bienhechor y patrono de estos establecimientos. No dudo que en el cielo habrá recibido el premio de las muchas almas que se han logrado por el fomento que dió á estas espirituales conquistas. Fué tambien sentida de los señores marítimos, pues desde luego presumieron pararian las expediciones, y mas con la noticia de las guerras con el inglés, que llegó por el mismo correo. Así como lo recelaron así ha sucedido, pues han parado las expediciones.

Aunque en estas expediciones marítimas no trabajó personalmente el venerable padre fray Junípero, no pude menos que insertarlas en esta historia por ser ocasionadas de su trabajoso viaje á Méjico é influidas por su apostólico celo en el noble y religioso corazón de su excelencia dirigidas á extender la fe católica hasta las mas remotas regiones; confiado el dicho excelentísimo señor de conseguir este principal fin de las expediciones por medio del infatigable celo del venerable padre Junípero, como vimos en la carta inserta en el capítulo antecedente y lo veremos repetido en otra que le escribió con la misma fecha y en una posdata de letra del mismo señor, que dicen así:

COPIA DE LA CARTA DE SU EXCELENCIA.

“El informe de las misiones que vuestra reverencia pasó á mis manos con carta de 5 de febrero del año anterior me deja sumamente complacido por los efectos progresivos que se experimentan debidos al cuidadoso apostólico celo de vuestra reverencia y demás padres, de que he dado cuenta al rey, y quedo confiado de que continuando como hasta aquí, llegará tiempo de que su majestad pueda contar con unos establecimientos que hagan gloriosas sus reales piadosas intenciones por la propagacion de la fe en esas remotas tierras. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 20 de enero de 1775.”

COPIA DE LA POSDATA.

“El puerto de la Trinidad descubierto por don Bruno Ezeta, nos convida á un establecimiento; y para no perder de vista este objeto que tanta extension puede dar al Evangelio, debemos consolidar estos establecimientos, y es á lo que espero contribuya el fervoroso celo de vuestra reverencia. Para podernos establecer en lo mas distante ya descubierto, es preciso que esas reducciones puedan subsistir por sí en lo correspondiente á víveres, y á eso espero

“se dedique el celo de los padre misioneros fomentando las siembras y la cria de ganados. “El gasto de mantener la tropa para escolta, sin embargo de ser de consideracion, no es lo que me detiene, sino la dificultad de que se con-“duzcan desde San Blas tantos víveres, y las contingencias que ofrece la navegacion.—El “bailío Frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—“Reverendo padre fray Junípero Serra.”

Si este fervoroso señor excelentísimo hubiese sobrevivido á la última expedicion, hubiera visto como vió el venerable padre Junípero tan aumentado el ganado vacuno, que habiendo dado á cada una de las misiones en su fundacion solo diez y ocho cabezas, en el último informe del año próximo pasado de 84 contaban ya entre todas las nueve misiones 5384 cabezas, y de ganado menor de lana 5629, y de pelo ó cabrío 4294, siendo así que de estas dos especies de ganados no se dieron para la fundacion que sino, de un corto número de borregas y cabras se logró este aumento, habiendo los misioneros solicitado de limosna el pié de dicho ganado menor. Asimismo vió el venerable padre fundador que dicho año que murió fueron las cosechas de trigo, maíz, cebada, frijol y demás legumbres: fué el total de todas las nueve misiones quince mil y ochocientas fanegas; con lo que tienen y han tenido estos últimos años, no solo para mantenerse por sí las misiones, sino que les sobró para proveer á la tropa. Si esta abundancia hubiera llegado á ver su excelencia como la llegó á ver el venerable padre fray Junípero, ¿quién duda que ya estaria la fe católica hasta el último término de lo descubierto, ó á lo menos estaria ya resonando el clarín evangélico por aquel archipiélago del famoso Puerto de Bucareli?

Pero ya que lo suspendió la sensible muerte de dicho fervoroso señor Bucareli, nos queda el consuelo de quedar descubierta tan abundante mies, como tambien de estar ya en el cielo las primicias de aquellas gentes, por los tres que de menor edad bauticé en esta mision y poco después de llegados á San Blas murieron; y de los dos mas grandes que llevaron para bautizar en San Blas murió la muchacha poco después de bautizada; y no dudo que estas cuatro almas bienaventuradas pedirán á Dios por la conversion de sus compatriotas que gimen bajo el tirano yugo del enemigo, suplicando al Señor les envíe operarios que les prediquen é impongan en la ley evangélica, para que logren como ellos las celestiales delicias por toda la eternidad.

He querido adelantar estas noticias para el curioso lector, á fin de que tenga una completa noticia así de estos establecimientos como de todas las expediciones hechas para la extension de la santa fe católica y de los dominios de nuestro católico monarca, y que enterado de ellas pueda leer la relacion de estos nuevos establecimientos y apostólicas tareas del venerable padre Junípe-

ro y sus compañeros, que se irán refiriendo en los siguientes capítulos.

CAPITULO XXXIX.

CONTINÚAN LAS APOSTÓLICAS TAREAS DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE DESPUÉS DE LLEGADO A SU MISION DE SAN CARLOS.

A los pocos dias de haber llegado el venerable padre presidente á su mision de San Carlos, que fué á mediados de mayo de 1774, entró en el presidio de Monterey el nuevo comandante don Fernando de Rivera y Moncada, capitán de tropa de cuera, que venia á remudar á don Pedro Fajes, capitán graduado y teniente de los voluntarios de Cataluña, como se habia determinado en junta de guerra y real hacienda, por ser la tropa de cuera mas á propósito para la reduccion de gentiles que la tropa de á pié, y venian subiendo los reclutas que traia de Cinaloa el dicho señor capitán Rivera. Luego que el fervoroso padre presidente se vió desahogado con la salida de la fragata para la primera expedicion y el Príncipe (que habiendo llegado el día que salió la fragata y hecha la descarga bajó á San Diego á dejar la carga que allí pertenecia), hallándose ya el venerable padre sin los estorbos de antes, con abundancia de víveres y ropas, tendió la red entre los gentiles, convidándolos á la doctrina: fueron tantos los que concurrieron, que todos los dias tenia una grande rueda de catecúmenos á quien con la ayuda del intérprete instruía en la doctrina y misterios necesarios, en cuyo santo ejercicio empleaba una gran parte del día; y así como iban quedando instruidos los bautizaba, y en breve fué en gran manera aumentando el número de cristianos: al paso que se bautizaban ocurrían otros pidiendo instruccion.

No quedaba sosegado con esto el ardiente celo de nuestro venerable fray Junípero, ni con saber que se practicaba lo mismo en las otras cuatro misiones, sino que se extendian sus anhelos á la fundacion de otras, respecto á la abundancia de ministros, que habiendo subido de la antigua California estábamos como ociosos; y aunque veia que el nuevo reglamento disponia que se suspendiesen por entonces nuevas fundaciones hasta tanto que se verificase aumento de tropa, pero facilitaba sus designios la prevencion que se hace en el mismo reglamento: “Salvo que se juzgase poderse fundar una ó dos misiones mirando las escoltas de las misiones mas inmediatas á los presidios, juntos con algunos de presidio que no hiciesen notable falta.”

En atencion á esta puerta que deja abierta el reglamento, intentó fundar una mision, á lo menos en el intermedio de San Diego y San Gabriel, bajo la advocacion de san Juan Capistrano. Trató este punto el venerable padre con el nuevo comandante don Fernando Rivera, quien convi-

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Carlos y San Diego; y el venerable fray Junipero nombró para misioneros de ella á dos de los que habíamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, según lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

“Después de los acuerdos tenidos con el comandante de estos establecimientos don Fernando Rivera y Moncada, que vuestra reverencia refiere en carta de 17 de agosto del año próximo antecedente, me da vuestra reverencia la gustosa noticia de quedar resuelta, además de las dos misiones del puerto de San Francisco, otra con el título de San Juan Capistrano, entre San Diego y San Gabriel, para la cual quedaban nombrados los padres fray Fermin Francisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quienes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto contiene la memoria de que vuestra reverencia me saca copia.

“Todas estas noticias acrecentan mi gusto y hacen patente el infatigable desvelo con que vuestra reverencia se dedica á la felicidad de esos establecimientos. Dios protege visiblemente tan buen servicio y las intenciones con que el rey eroga estos gastos, pues al paso que se aumentan las misiones y crece el número de neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas cosechas de frutos para su alimento, y serán mayores las sucesivas, según lo que vuestra reverencia manifiesta en su citada carta, con la que quedo muy complacido.

“Dios guarde, etc.”

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermin Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El día 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy oficiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho días de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo día un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es según y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACAECIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábase por el mes de noviembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragon, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el día 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del rio ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediateces del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguía, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un día habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al rio Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advertieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesan arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del rio de San Diego la noche del día 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron

en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que según parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piezas: con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispersaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas; los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heroico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormía en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrojó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutación: *amar á Dios, hijos*; y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: llevaronlo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los piés hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daría su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística viña, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogieran con mas abundancia zazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande gritería iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

cuarto en que dormían los carpinteros y herrero, que al ruido despertaron: iba á salir el herrero con una espada en la mano y al salir del cuarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el carpintero de la mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirándose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los soldados. Al otro carpintero del presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hiriéndolo de muerte, y en cuanto se sintió herido, dijo: *¡Ah indio que me has nuestro! Dios te lo perdone.*

El mayor golpe de los gentiles se ocuparon en guerrear con los soldados que estaban en la casita que servía de cuartel, en cuya pieza se hallaban el padre fray Vicente Fuster, los dos muchachos arriba dichos, el carpintero que no estaba herido, y el cabo con los tres soldados; y á los gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de gentiles que habían ido para el presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardía la mision; y dando por supuesto que también lo verían los del presidio y que estarían prontos á defenderse y que enviarán á la mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la mision; por lo que se libertó el presidio, que sin duda estarían durmiendo, pues ni vieron el grande fuego que ardía en toda la mision ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del alba.

En cuanto llegaron al sitio de la mision los gentiles que habían ido al presidio, que supieron habían ya matado á uno de los padres, preguntando cuál de los dos, luego que les dijeron el rezador, así llamado el padre fray Luis, celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebraron la muerte con un gran baile á su usanza bárbara, y se juntaron con los demás para acabar con el otro padre y con toda la mision. El corto número de los soldados de la mision se supo defender de tanta multitud de gentiles con gran valor por el grande que tenía el cabo de escuadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los gentiles, y de disparar matando á unos é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia y el estrago que hacían los nuestros, valiéronse del fuego, pegando fuego al cuartel, que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un cuartito de adobe que servía de cocina, reduciéndose toda la fábrica y resguardo á tres paredes de adobe de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas que tenía puestas el cocinero para resguardarse del sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacían fuego continuo, defendiéndose de tanta multitud que los molestaba por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban, ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacían, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y cajones para ponerlos de parapeto; pero en esta faena, que lograron hacer á satisfacción para el resguardo, quedaron heridos dos de los soldados é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el cabo con un soldado y carpintero. El cabo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al soldado y carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar y cebar escopetas, ocupándose él en solo tirar, con que mataba y hería á cuantos se le arrimaban.

Viendo los gentiles que las flechas ya no servían por el resguardo de los adobes que tenían los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servían de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: viéronse en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el padre fray Vicente de tajarla talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponía. Viendo los indios que el fuego del techo no les hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizonas encendidas y pedazos de adobe, que de uno de ellos quedó herido el padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero sí después, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los gentiles, que recelosos viniere gente del presidio, se marcharon llevándose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habían sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En cuanto amaneció el día 5 de noviembre, que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron luego á ver al padre, que estaba en el fuerte de la cocina con el cabo y tres soldados, todos heridos, y el cabo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no descaeciesen los demás. Los indios cristianos llorando refirieron al padre cómo los gentiles no los dejaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el padre fray Luis, que toda la noche lo había tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los soldados lo consolaban diciéndole que se habría metido dentro del sauzal: mandó á los indios lo buscasen, y despachó á un indio californio á avisar al presidio, y á los neófitos mandó apagasen el fuego de la troje para lograr algo del bastimento.

Hallaron los indios en el arroyo á su venerable padre fray Luis ya muerto, y tan desfigurado que apenas lo conocieron. Cargarónlo y llevaron con grande llanto para donde estaba el padre fray Vicente, quien al oír el llanto de los indios, le dió en el corazón lo que había sucedido á su compañero: fué luego el padre hacia ellos y le pusieron á la vista á su amado compañero muerto y tan desfigurado que segun escribió al

reverendo padre presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenía mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara aplastada de los golpes de macana (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de piés á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubría su cuerpo. Al ver el padre fray Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los neófitos, que tan de corazón amaban á su difunto padre, le hizo prorumpir en lágrimas.

En cuanto la pena y dolor dió lugar al padre fray Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestres para llevar á los dos difuntos cuerpos del venerable padre fray Luis y al herrero José Romero, y á los heridos, que fueron el cabo y los tres soldados y el carpintero Urselino. En cuanto recibieron la noticia en el presidio, se pusieron en camino para la mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el presidio, dejando en la mision algunos neófitos para que apagasen la lumbre de la troje. Llegados al presidio se dió sepultura á los difuntos en la capilla del presidio y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron menos el carpintero Urselino, que murió el quinto día. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenía de su sueldo de algunos años que había servido bastante alcance en el real almacén; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento y dejó por herederos á los mismos indios que le quitaron la vida; accion tan ejemplar y heroica de verdadero discípulo de Jesucristo. Recibidos todos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador.

El cabo que había quedado mandando el presidio, despachó aviso al teniente, que se hallaba en la fundación de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los padres. En cuanto estos llegaron al presidio, hicieron las honras al venerable padre difunto, y resolvieron mantenerse en el presidio hasta nueva orden del venerable padre presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas cartas. Igualmente con acuerdo del comandante del presidio determinaron que los neófitos se mudasen arrimados al presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los gentiles: asimismo mudaron el poco de maíz y trigo que libertaron del fuego; quedando todo lo demás de la iglesia y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El comandante del presidio dió luego sus providencias despachando partidas de soldados por las rancherías de los gentiles á explorar si se percibía otro atentado, como también de indagar los que habían concurrido: llevaron presos á mu-

chos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al presidio, despachó correo á Monterey.

CAPITULO XLI.

LLEGA Á MONTEREY LA FUNESTA NOTICIA DE SAN DIEGO, Y LO QUE EN SU VISTA SE PRACTICÓ.

Llegó á Monterey el correo de San Diego con la noticia del martirio del venerable padre fray Luis Jaime y del incendio de la mision, y en cuanto el comandante Rivera recibió las cartas, que fué á entrada de noche del día 13 de diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la mision de San Carlos, en donde me hallaba, á dar la noticia y las cartas de los padres que se hallaban en San Diego al reverendo padre presidente, quien en cuanto oyó la novedad prorumpió en estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra; ahora si se conseguirá la reduccion de los dieguinos.* Mañana, prosiguió su reverencia, haremos las honras al difunto padre: convido á usted y á la gente del presidio; á lo que respondió no podía asistir porque iba á disponer su salida para San Diego; y diciéndole el padre que también él intentaba bajar á San Diego, le respondió que no podía ser el bajar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia cuanto antes en San Diego para la seguridad de aquel presidio, hacer averiguaciones y dar cuenta á su excelencia, que en breve saldría otra partida de soldados para San Diego, y que con ellos podría bajar mas espacio su reverencia. Con esto se despidió y retiró para el presidio.

El siguiente día dispuso el venerable padre presidente hacer las honras al difunto padre, las que hicimos con vigilia y misa cantada con asistencia de seis sacerdotes, el venerable padre presidente con su padre compañero y los cuatro que estábamos para las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, á las que asistieron todos los neófitos de la mision y la tropa de la escolta: aunque al juicio de todos los que conocimos al venerable padre difunto, que lo tratamos y experimentamos su religioso porte y fervoroso celo de la salvacion de las almas, no necesitaria que rogásemos á Dios, sino que mejor podríamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creíamos que su alma iría en derechura á recibir la corona de la gloria que tenía merecida por sus virtudes y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel gentilismo. No obstante, por ser inexerutables los juicios de Dios, dispuso el venerable padre presidente que le aplicase cada uno de los misioneros las veinte misas del concordato hecho por los misioneros de estas conquistas.

Ya que veía el venerable prelado que no podía prontamente bajar á San Diego, escribió á los